



CAPITULO XI

Un asceta guerrero

QUISTA mi pueblo de la famosa villa de Lagos, obra de veinte leguas de pésimo camino: en caballo de buen andar se empleaba toda una jornada de sol á sol, y se llegaba á buena hora para tomar la colación en una fonducha que extendía su reguero de luz sobre las piedras de la calle, como recamo de oro en el manto obscuro de la noche.

Una carta del señor Degollado, mi buen general, me llevaba á la tierra de Moreno el grande. Me hacía saber don Santos mi ascenso á teniente coronel y me indicaba pasara á verle en Lagos, á donde permanecería corto tiempo. Me despedí de Trini, de sus padres y de todos los vecinos del lugar, que aseguraban pasarían las de Caín luego que yo me alejara, y haciendo á un lado afectos y

hábitos eché á andar mi caballo en dirección al Norte. Mi padrino y el cura Herrera, que fueron mis últimos acompañantes, me encargaron por la *enésima* ocasión que me cuidara y que no dejara de escribirles dando noticias de mi salud y de mis andanzas, y yo dejé al corcel con la rienda suelta y dueño de su albedrío seguir la blanca carretera que se prolongaba polvosa y solitaria hasta donde alcanzaba la vista.

¡Cuán otra mi situación de la de pasados tiempos! Antes ni dolores, ni murrias, ni goces, ni hastíos, ni desabrimientos tenían quien los comprendiera ó se doliera de ellos ó los acompañara; ahora ya mi vida contaba con un objeto, mis fatigas con un norte, mis deseos con un fin. Aquella tendencia que había modelado todo mi ser, que me había producido lo más bueno y lo más malo de cuanto había pasado en el curso de mi tumultuosa vida; aquel amor que parecía haber nacido conmigo ó que, por lo menos, estaba enraizado en el fondo de mi ser, tomaban ya forma y solidez, y de chiquilladas sin consistencia, de tendencias mil veces combatidas y mil veces triunfantes, se convertían en ideal que iba á llenar mi ser entero como sutil y embriagadora esencia que compenetra las paredes del vaso destinado á contenerla.

Todavía faltaba algo, quizás faltara mucho para el cumplimiento de mis propósitos; pero ¿qué importaba si no había de ser tanto como lo pasado, y si, aun siéndolo,

tenía conmigo el secreto para tolerarlo sin protestar ni desesperarme...?

Creo que alguna vez hice pasar por estas deshilvanadas páginas la figura del señor general don Santos Degollado; pero quizás no dije de mi ilustre jefe todo lo que yo pensaba y merecía él.

Don Santos fué, sin duda, después de Ocampo y de Juárez, el carácter más entero y admirable de la Reforma. Había conocido al pobre, había participado de sus ansias, de sus sobresaltos, de sus temores y de sus penas; había estudiado la situación de los propietarios rurales y la de los sirvientes de hacienda, y se había formado idea de todos los grandes problemas que agitaban á nuestro país en aquel período en que todo estaba por hacer.

Su única habilidad la constituía la pendolística, y á ella debió su ingreso en la burocracia eclesiástica en calidad de escribiente de la haceduría de Morelia; pero en verdad que no eran aquel puesto secundario y aquellas ocupaciones mecánicas y serviles los que habían de satisfacer el ansia de cosas grandes que sentía don Nemesio Santos Degollado.

Sus ocios, siempre escasos, los dedicaba á leer libros de filosofía, de historia, de ciencias exactas y de literatura; pero sobre todo de controversia religiosa. Conocía á fondo cuanto se sabía en aquellos tiempos sobre exégesis, y para poder opinar por sí y sin necesidad de auxiliares

acerca de esas peliagudas cuestiones, había aprendido latín, griego, hebreo y árabe, así como su poco de geología, paleontología, química y otras muchas ciencias.

Recuerdo que en una ocasión leía delante de él alguno de sus ayudantes una de esas infinitas refutaciones de las leyes de Reforma, que eran el pan de cada día en aquellas calendas. A lo que parece, se había hablado al jefe de aquel escrito como de obra que llamaría grandemente la atención por la enorme cantidad de citas teológicas que contendría, y por el ruido que había de meter entre el pueblo fanático.

Don Santos oyó impertérrito aquel escrito, mechado con frases latinas de Santos Padres y con cánones de concilios; luego que hubo concluído el lector, le ordenó que tomara la pluma y le dictó sobre la marcha una respuesta á aquellas argucias, hecha con tanta habilidad, con tacto tan peregrino, con lógica tan convincente, que no dejaba hueso sano al pedantuelo que había elaborado el fárrago á discusión. Y lo que es mejor, de memoria empedró su escrito con no menos latinajos, con no menor número de recónditos lugares de la Sagrada Escritura y con argumentos no menos aparatosos que los del contrario; siendo grande mi admiración cuando, al día siguiente que leyó aquello un canónigo amigo nuestro, el eruditísimo Verdía, nos dijo con seguridad: «Exacto, exacto, no falta ni sobra palabra: compulsé anoche, por curiosidad,



Los léperos empezaron á chunguear al de los consejos...

todas las citas y las encontré idénticas á las originales; Nemesio podía ser otro Ilmo. Portillo, si se lo propusiera.»

Pero este hombre tan ampliamente preparado para la lucha intelectual, no lo estaba menos para la material. Derribaba un toro de un puñetazo, sofocaba un caballo con la presión de las piernas, *travesaba* en el campo con la habilidad del rancharo más pintado.

Corre por ahí, escrito en libros, un rasgo que pinta al hombre. Se celebraba la entrada de Comonfort en Zapotlán el Grande. Como era claro, los toros figuraban como número esencial del programa; pero no los toros ciudadanos, con pragmáticas y reglas más complicadas que las que se necesitan para mandar un hombre á la eternidad, sino la diversión campesina, sencilla, ingenua y de verdadero deporte.

Sale un bicho josco, ojinegro, de mucho empuje y que causa en la plaza una espantosa serie de revolcones. Quiere jinetearlo un rancharo y va al suelo con todo y medias botas; otro *le trepa* y cae en seguida.

De repente se oye una vocecilla:

- Más flojo el pretal.
- No le lastimen el *codillo*.
- Ténganlo firme. .

Los léperos empezaron á chunguear al de los consejos juzgándole un lego:

- Pos abájate tú; el que da la receta, da el medio.
 — Al cabo no duelen los cristianazos.
 — Midirás tus tierras.

Como si sólo aguardara esas invitaciones, don Santitos con su camisa aplanchada, sus pantalones de trabuco, su traje negro y su sombrero de copa, bajó á saltos la grade-ría, se agazapó para pasar la barrera, se plantó junto al toro, rechazando las espuelas que le ofrecían y montó en el bicho.

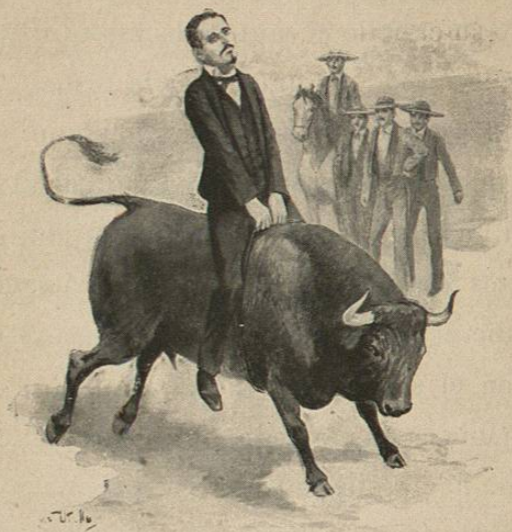
El animal parecía de resorte; movía el pellejo del lomo como si lo tuviera prendido con alfileres que se le hincaran en la carne, lanzaba enormes *reparos*, se sacudía aquel cuerpo extraño, y recorría la plaza en medio de la algazara de los circunstantes.

- ¡Bien *ayga* lo bien parido!
 — ¡Ansina, amo; trábele juerte!
 — ¡Déjenlo solo!...
 — ¡Miré pa los cuernos del animal!...
 — ¡Eche el cuerpo para atrás!...
 — ¡Ah, que los hombres! esos son los de Zamora...
 — ¡Uy, juy, juy!...

Al fin el toro dejó de *reparar* y don Santos bajó en medio de una ovación indescriptible: no podía el caudillo haber presentado argumento mejor para justificar su valer; y años más tarde, cuando formó el núcleo del que había de ser ejército federal, sus más decididos partida-

rios, los primeros que se encontraron á su lado fueron aquellos rancheros, que se habían quedado prendados de las bizarrías de don Santitos.

Y sin embargo, el jefe no hacía alardes de valor; era



el último en retirarse de las batallas, el que cuidaba con más celo de la suerte de la retaguardia, de la salvación y debido acarreo de los heridos. Una vieja, un guarda-parque, uno de esos sujetos inclasificados que caminan á la zaga de nuestros ejércitos cuasi orientales, le merecían las atenciones más grandes.

Alguien que ahora se engalana y se engalona con el uniforme correspondiente á una alta jerarquía militar, me ha referido que en la mañana de la derrota de Pon-

citlán, cuando los mochos ya habían logrado pasar el río y seguían de cerca á Degollado y sus ayudantes, el general vió correr á toda prisa, por entre los pantanos que llenaban el campo, á un chiquillo (el brillante jefe de ahora), trompeta de uno de los batallones que iban á la desbandada. Detuvo su caballo el santo á la jineta, hizo señas al muchacho y le aupó, montándole á la grupa. Así continuaron juntos recluta y generalísimo hasta un rancho inmediato, en que dió don Santos de almorzar al chico y le obsequió con una media onza para su camino.

Don Santos era inexorable en asuntos de disciplina; pero con nadie era más inflexible que consigo mismo. Se levantaba con el sol, emprendía el minucioso aseo de su persona, escribía cartas á media humanidad, y cuando ya era día claro, hacía que entrara un escribiente para seguirle dictando cartas, proyectos, comunicaciones oficiales y otra multitud de primores.

Se desayunaba parcamente y deprisa, recibía visitas, daba órdenes, comía tan mal como se había desayunado, y seguía trabajando hasta las altas horas de la noche.

Su austeridad confinaba con la miseria, su moderación era parienta cercana de la falta de decoro, y su humildad le daba aires á la insignificancia.

Una botella de vino, un medianoje *Tinto de Navarra*, marbete rojo y cápsula rosa, le duraba hasta quince días.

— No, no, insinuaba meneando la cabeza; ¿qué van á

decir nuestros enemigos? Hay que vivir de los recursos del país; desgraciadamente hay que causar daños á los pueblos; pero si ellos averiguaran que nosotros gastáramos sus recursos, su nervio, su sangre, en francachelas y festines, no tendríamos más su confianza.

Si de cuenta de mi bondadoso jefe hubieran sido las cosas, no se habría gastado un peso, ni se habría impuesto un préstamo, ni habría recibido nadie un rasguño. Pero el utopista, el varón justo, el santo republicano, comprendía bien que uno era el pensar y otro el obrar, y se veía obligado á transigir con muchas cosas, aunque reprobándolas en su interior.

Todavía viven gentes de una honorable familia originaria del sur de Jalisco, que recuerdan cómo acogía los agasajos don Santitos.

Luego que se sabía en Sayula que llegaban las tropas del asceta revolucionario, se le preparaba en la casa de la familia que le alojaba de continuo un cuarto cómodo y decente dotado de cuanto podía necesitar un hombre. Por las mañanas, cuando entraban las criadas á asear la habitación, se la encontraban en el mismo orden que la habían dejado. Llegaron á creer que don Santos hacía personalmente la tarea de las gentes de servicio, pero no había tal; una noche que se oyeron tiros y se creyó en una sorpresa, los ayudantes entraron á despertar al general y le encontraron dormido como un ángel al pie de la

cama en un tapete de cuero de cíbolo, vestido y armado como si estuviera en el campamento. Al ruido despertó, se puso en pie y explicó ruborizado que aquello era á causa de que no quería *mal imponerse*.

Cuando llegaba á la casa y se le invitaba á pasar al comedor, contestaba invariablemente:

— Gracias, señoras; ya es después.

Y sus acompañantes no dejaban de exclamar:

— Pero este don Santos es como la muerte de Apango: ni *chupa*, ni bebe, ni va al fandango.



CAPITULO XII

El martirio del justo

CUANDO vi á don Santos, le encontré todavía más demacrado, todavía más endeble, todavía más marchito que le había dejado. La color era como de marfil viejo, los labios estaban exangües, los cartílagos de las orejas se transparentaban cual si hubieran sido de cristal ligeramente rosáceo, el lagrimeo de los ojos (cubiertos con antiparras tan oscuras como de ordinario) era más insistente y más fluido. Daba lástima ver á aquella momia, animada apenas por un soplo interior pujante y brioso, que le consentía hacer frente á las debilidades del cuerpo.

Uno de sus ayudantes, Ramón Miravete, me llevó aparte y comenzó á hablarme con vehemencia que me impresionó.